



CAPÍTULO

I

Buenos Aires, mayo de 1899

Ese sábado, los niños Urtiaga Four habían deseado ver a su madre todo el día. Gastón María se encaprichó y no hubo forma de que tomara la leche ni el aceite de hígado de bacalao. Micaela, más sumisa, se encerró en su dormitorio y no volvió a salir.

Eran pequeños y no entendían por qué su madre siempre estaba en cama, indispuesta, la mesa de noche abarrotada de frascos oscuros, médicos que iban y venían, el rostro desolado de su padre y, ahora, la novedad de unas jaquecas que no la dejaban vivir.

Ya eran casi las siete de la tarde. La nana Cheia pensó que era una hora prudente para que Micaela y Gastón María visitaran a la patroncita, y así se lo hizo saber. Los niños corrieron en dirección a la alcoba de su madre. La negra Cheia, no tan joven y excedida en peso, los seguía con dificultad.

—¡Chicos, parecen un malón! ¡Por amor de Dios! ¡No entren así en la pieza de su madre que se le parte la cabeza!

Al llegar al dormitorio de la patrona Isabel, Cheia encontró la puerta entornada; los niños ya habían entrado. Miró y no vio a nadie. Se encaminó al tocador y, al trasponer la

puerta, el cuadro con el que se topó la dejó estupefacta: la señora Isabel, inconsciente dentro de la tina, con las muñecas tajeadas y los niños contemplándola en silencio.

Su propio grito la sacó del trance, a ella y al pequeño Gastón María, que dio un alarido, se soltó de la mano de su hermana y salió corriendo.

Micaela, inalterable, miraba a su madre. El agua sanguinolenta chorreaba y casi le tocaba la punta de los zapatitos. Los ojos de la niña alternaban entre el rostro céreo de Isabel y una navaja en el piso. Absorta, no escuchaba los alaridos de Cheia, ni se daba cuenta de que Gastón María ya no le sostenía la mano, ni de que los sirvientes se agolpaban en la entrada. Se aproximó a la tina decidida a despertar a su madre.

—¡No, Micaela!

La niña sintió un tirón, alguien que la apartaba. Pataleó, gritó y sacudió los brazos como loca. Cheia la tomó por la cintura y la alejó de allí.

Micaela no recordaba a su madre sino en cama, con el rostro enfermizo y el gesto melancólico. Isabel, la hermosa actriz llena de vida, pertenecía a una leyenda que le fascinaba escuchar. Le habían contado que, sobre el escenario, su madre provocaba angustia con su llanto, risas desenfadadas con sus ocurrencias, suspiros con su belleza. Después de verla, la gente no salía igual de los teatros, pues Isabel llegaba a las fibras más sensibles de las personas. Su público la amaba.

El joven Rafael Urtiaga Four la conoció en la cúspide de su carrera, cuando el Teatro Politeama vibraba cada noche con sus funciones. Rafael tuvo suerte con ella; un dandi de la sociedad porteña como él, con relaciones y vínculos por todas partes, siempre conseguía lo que deseaba. Y a ella la deseaba, y mucho. Un amigo los presentó una noche después del teatro.

Isabel lo atrapó en su huracán y lo hechizó con su hermosura. Rafael la amó desde el primer día. Ella también se le entregó, con el mismo ardor con que hacía todo; no, con mayor pasión aún: estaba loca por él.

Se casaron al poco tiempo y ninguno de los Urtiaga Four prestó su consentimiento; la boda resultó un escándalo familiar. «¡Una actriz!», exclamaban, con la palabra «prostituta» en la cabeza.

El matrimonio pasó algunos años sin tener hijos, lo que encolerizaba a las damas de la familia, pero Isabel deseaba continuar en la actuación y un bebé resultaba un escollo. Rafael la comprendía, seguro de que el tiempo le despertaría las ansias de ser madre.

Rafael e Isabel eran esposos, amantes, amigos, compañeros, socios, una perfecta amalgama entre hombre y mujer. Cada uno vivía lo suyo, y, sin embargo, lo compartían todo. Ella proseguía con sus obras teatrales y él con la administración de las estancias. De todas formas, siempre existía un momento para ambos.

Hasta que Isabel quedó encinta. Su embarazo fue una tortura desde el primer momento. Náuseas, vómitos, desmayos. Sus tobillos y manos se hinchaban y la presión le subía a los cielos. En los últimos meses, la barriga era descomunal y los huesos le dolían tanto que parecían descoyuntarse. Subió de peso y perdió las formas de su silueta. Se le manchó la piel del rostro y su cabello rubio se tornó opaco.

Los mellizos Urtiaga Four nacieron el 6 de mayo de 1891, antes de lo previsto. Eran pequeñitos, pesaban muy poco. Los llamaron Micaela y Gastón María.

Después de un parto difícil, el médico y la comadrona creyeron conveniente mantenerla sedada. Pálida y sin fuerzas a causa de la pérdida de sangre, Isabel durmió varios días, narcotizada con un brebaje a base de opio.

Una enfermera, contratada especialmente, le sacaba la leche y se la daba a los niños. A poco, comenzó a ser escasa y

los mellizos chillaban de hambre. La enfermera intentó con leche de burra, pero no les gustaba y la mayoría de las veces la vomitaban.

—A la señora se le secó el pecho, señor Rafael. Lo mejor va a ser que contrate a una nodriza —le aconsejó la mujer, preocupada por la salud de los recién nacidos.

—Sí, está bien —respondió Urriaga Four, desganado—. Haga lo que le parezca, señorita.

Graciela o Chela, como la llamaban, una negra oriunda del Uruguay, perdió a su bebé de apenas una semana y deseó morir con él. El desconsuelo y la amargura la abrumaron. Un cura amigo, el padre Miguel, fue su sustento y estímulo. Le dijo que Dios había querido evitarle a Miguelito los sufrimientos de esta vida llevándoselo junto a Él, convirtiéndolo en un ángel.

Al día siguiente del entierro, el sacerdote llegó a la parroquia con un ejemplar de *La Nación* en la mano. Le leyó a Chela con bastante ánimo.

—«Ama de leche se necesita. Calle Paseo de Julio número 424». ¿Qué te parece, Chela? Con toda esa leche que te desborda vas a poder alimentar a algún bebé que lo necesita.

Esa mañana, Chela y el cura Miguel comparecieron ante la Inspección de Nodrizas y solicitaron el certificado que la acreditara como apta para la lactancia. Gracias a la intervención del clérigo, los trámites se aceleraron, y, en pocos días, Chela contó con su habilitación para amamantar hijos ajenos.

Sin perder tiempo, se apersonó en la calle Paseo de Julio número 424. Se encontró con una casona vieja, estilo virreinal, muy grande e importante. Le abrió una doméstica y le indicó que aguardara en el vestíbulo. A poco, una enfermera de punta en blanco le pidió que pasara a una salita contigua, donde la entrevistó. Le contó que había recibido a muchas

nodrizas, pero que ninguna la había complacido; o no le agradaba la presencia, o no tenían la papeleta en orden, o no traían referencias.

—Yo tengo todo, señorita —aseguró Chela—. La papeleta en orden y las referencias.

Le alcanzó dos sobres, uno con el certificado de la Inspección de Nodrizas y otro con una carta de recomendación del cura Miguel. La enfermera quedó impresionada, en especial con la esquila suscripta por el párroco. Además, le gustó el aspecto de la mujer.

—Está bien. Podés empezar a trabajar hoy mismo, si querés.

Chela, feliz en medio de su amargura, supo que las cosas le irían bien allí.

—Los Urutiaga Four son de las familias más adineradas y respetadas de Buenos Aires —comentó la enfermera—. Vas a tener que comportarte en consecuencia —agregó, con severidad.

—¿Cómo se llama el niño al que voy a atender?

—Los niños, querrás decir. Son dos. Son mellizos.

Chela no disimuló su sorpresa y por un momento se arrepintió de haber aceptado el trabajo.

—Micaela y Gastón María, así se llaman —continuó la enfermera, sin inmutarse.

Los niños Urutiaga Four balbucearon la palabra «mamá» antes del año para llamar a su nodriza, quien se avergonzaba mucho, en especial cuando lo hacían frente al señor Rafael. Les enseñó que la llamaran «mamá Chela», a lo que los mellizos respondieron con «mamá Cheia» y el mote le duró la vida entera.

Micaela y Gastón María llenaron el vacío que dejó su bebé y pronto se sintió feliz junto a ellos. Su leche era muy buena, y los niños repuntaron en peso al poco tiempo. Además,

percibieron su calidez de madre y se le pegaron como garra-patas. Sólo querían a su nana, y hacían berrinches cuando los parientes y amigos de la familia los alzaban o tocaban. Enseguida, Rafael llamaba a Graciela y el llanto cesaba. A nadie parecía importarle la preponderancia que la negra tenía sobre los niños. Todos continuaban preocupados por la madre.

Isabel seguía mal. Físicamente se repuso al tiempo, gracias a la medicación, al descanso y a una dieta estricta. Anímicamente, en cambio, decaía más y más, y ningún médico sabía explicarle a Rafael el motivo.

—Suele suceder que, después de parir, las mujeres se sienten tristes. Pero no debe preocuparse, señor Urtiaga Four, con el tiempo se supera.

Y, aunque el tiempo pasaba, Isabel continuaba igual: tirada en la cama, con la mirada perdida en el cielo raso, o sentada frente al espejo por horas, sin moverse. En ocasiones, sentía deseos de ver a los niños y los mandaba traer. Cheia se apresuraba, los ponía bonitos y los perfumaba con agua de colonia. Los acercaba a la cabecera de la cama y se los colocaba sobre el regazo. Isabel los besaba un rato, los miraba y acariciaba. Luego, le pedía a Cheia que se los llevara. Nuevamente, perdía la vista en el cielo raso y retornaba a ese letargo mórbido que exasperaba a Urtiaga Four.

Después, persiguieron a cuanto médico famoso había en Europa y Estados Unidos. Los vieron a todos, hasta uno que se hacía llamar psicólogo. No lograron nada, por el contrario, las largas temporadas lejos de Buenos Aires la empeoraron.

Los niños ya tenían ocho años y la madre seguía enferma, triste, sumida en una profunda depresión. Isabel inundaba la casona del Paseo de Julio con su amargura. Todos los que allí vivían tenían miradas apesadumbradas. Las cosas se hacían en silencio, lentamente. Los niños no podían corretear, tampoco jugar. Ellos no entendían nada. Querían estar con su madre y no se lo permitían. Con el tiempo, se fueron acos-

tumbrando; tenían a mamá Cheia que los mimaba. De todas formas, Micaela y Gastón María amaban a Isabel, su nodriza les había enseñado a hacerlo. Por eso, corrieron felices la tarde de aquel sábado de mayo cuando Cheia les dijo que podían visitarla en su alcoba. Pero Isabel ya estaba muerta.